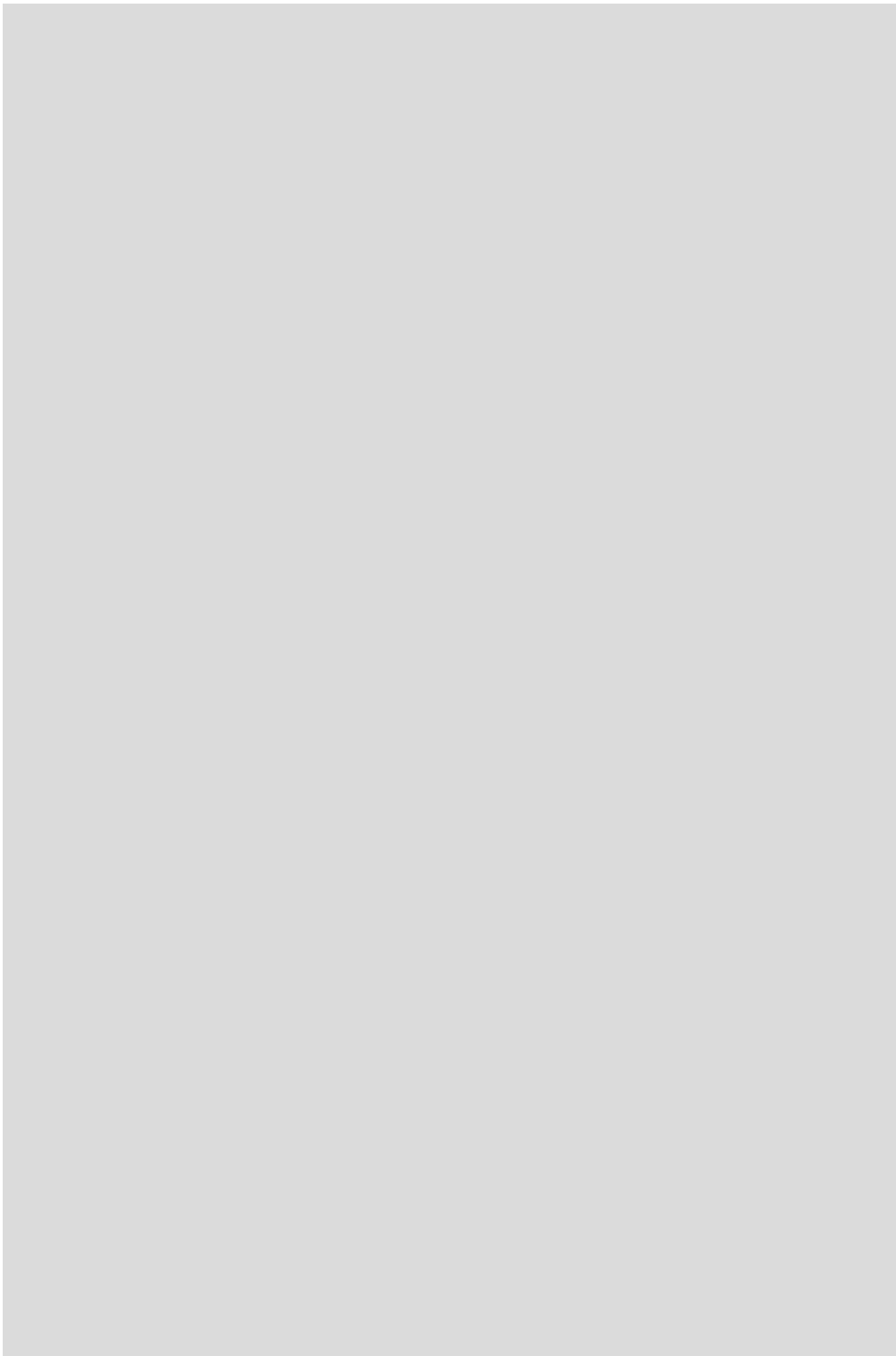


REVOLUCIÓN I: El Libro de la Vida

Félix Abad



Capítulo 1

I

Un ladrón y un destino

Cercanas las siete de la tarde, en una de las zonas más frías e inhóspitas de Estados Unidos, tras unos muros de piedra viejos y quebrados propios de un edificio casi abandonado, estaba a punto de ocurrir un suceso que muchos jamás hubiesen imaginado. Nada incitaba a pensar que aquello pudiese ocurrir allí, en uno de los lugares más secretos y seguros del planeta, un lugar que solo unos pocos hombres conocían y donde se habían llevado a cabo grandes hazañas, para bien o para mal. Pero así fue y el silencio que tantas veces reinaba y a su vez protegía el lugar, fue roto por el angustioso sonido de una sirena de emergencia, acompañado por una voz casi inhumana que anunciaba:

—¡ALARMA! ¡ALARMA! Que todas las unidades de seguridad acudan a la planta superior de forma inmediata.

A pesar de las gélidas temperaturas que aguardaban en el exterior, los científicos se mostraban sonrojados, con la tensión palpable en cada uno de sus rostros. Carreras, ruidos y miedo, mucho miedo. Si el rumor era cierto, si realmente había ocurrido lo que más temían, las consecuencias podían ser catastróficas y muchas cabezas rodarían. Pero no había que ser alarmistas, aún no al menos.

—¡Señor! ¿Qué debemos hacer?

—¡Salid de inmediato y perseguid a ese idiota! —ordenó el teniente sin dejarse dominar por los nervios—. No hay tiempo que perder y no podemos dejar que escape. Seguid su rastro, seguramente aún lleve el chip incorporado. Enviaré a los mejores agentes pero debéis dar con él.

—¡Sí, señor, de inmediato!

Antes de que el hombre pudiese marchar, el teniente lo detuvo agarrándole del brazo.

—No os enfrentéis a él hasta que aparezcan los agentes —advirtió con rostro serio—. No tenéis ninguna oportunidad contra sus habilidades.

Con la duda reflejada en su mirada, el hombre asintió y salió a toda prisa junto a sus dos compañeros, se montaron en uno de los mejores vehículos que allí disponían y condujeron a toda velocidad siguiendo el rastro del huido.

—¿Cree que llegarán a tiempo para localizarle?

—Así lo espero, doctor —respondió el teniente mientras marcaba rápidamente en su teléfono móvil—. Nos guste o no, debemos informar a nuestros líderes. Estamos ante el mayor robo jamás ocurrido en nuestra organización.

—¿A dónde cree que se dirigirá el ladrón? —le preguntó el doctor.

—Tal vez intente llegar hasta alguno de sus malditos refugios pero, si tuviese que apostar, creo que viajará directamente hacia Atlanta.

Y mientras las alarmas recorrían cada habitación de uno de los centros científicos más avanzados y secretos del mundo, un vehículo escapaba de allí a toda velocidad, sin preocuparse por la policía o la seguridad, adentrándose en las despobladas carreteras de la zona. Al volante, un hombre de rostro maduro y experimentado, un luchador inquebrantable que se encontraba ante el momento más importante de su vida. Apretando con fuerza el volante para evitar el temblor en sus manos, lanzó un rápido vistazo al objeto robado que descansaba en el asiento contiguo. ¡Qué duro había trabajado para conseguirlo!

Desde que se adentrase en la organización años atrás, no había cesado en su empeño de obtener la más mínima oportunidad que le permitiese llevar a cabo su plan. Años de trabajo, de mentiras, de actuación mientras sus enemigos trabajaban, comían y dormían a escasos metros de él. Tanto tiempo había transcurrido desde su llegada que incluso había temido que dicha oportunidad jamás fuese a llegar. Pero llegó y, por suerte para él y para el mundo, estaba listo para actuar. Y una vez que lo hubo conseguido, mil y un pensamientos se acumulaban en su cabeza, todo ello sin dejar de mirar al frente ni de pisar con fuerza el acelerador.

Sabía a dónde tenía que dirigirse, estaba claro. Podría intentar pedir auxilio en alguno de los refugios pero no. Aquel objeto era importante, demasiado importante como para no ser llevado de inmediato ante las autoridades. Por el contrario, el viaje sería largo y tremendamente agotador pues, y de eso no tenía ninguna duda, ahora mismo ya debía haber varios vehículos y quizá algo más tras sus pasos, como lobos que persiguen incansablemente a su presa.

Pero si conseguía llegar a su destino, entonces todo cambiaría. Los años de sufrimiento y de dolor habrían merecido la pena y por fin podría volver junto a su hermano, ése al que tantas veces tuvo que injuriar para pasar

desapercibido. Volvería a su hogar y disfrutaría de la mejor de las bienvenidas, el mayor éxito que podría alcanzar en vida. No debía, no obstante, precipitarse y dejar volar su imaginación en exceso.

Miró por el retrovisor una vez más temiendo que en cualquier momento apareciesen sus perseguidores, como sin duda antes o después harían. Tenía que cruzar Canadá lo más rápido posible y llegar hasta Estados Unidos deteniéndose lo justo y necesario, no más. Aun así, había algo que necesitaba hacer y cuanto antes. Era la única forma de escapar con vida de aquello.

Como todos los vehículos de la organización, el suyo también incorporaba un localizador de alta precisión, capaz de otorgar a su enemigo toda la información que deseara sobre el mismo. Una vez ganado algo de terreno necesitaba abandonar su medio de transporte y buscar otra alternativa. Avión, autobús, tren... todas opciones realmente fáciles de detectar con los utensilios adecuados. Su mejor oportunidad era realizar un nuevo hurto y sustraer un vehículo a un pobre transeúnte que, con todo el dolor de su corazón, esperaba que algún día le pudiese perdonar por los problemas que podría causarle.

Así que sin más preámbulos, se detuvo en el primer pueblo que encontró, donde la noche ya había caído y apenas se veían unas pocas luces que iluminaban la taberna del pueblo y alguna habitación solitaria. El viento no había cesado en estas primeras millas y un escalofrío repentino le recorrió el cuerpo nada más abandonar el confort del vehículo.

Lanzó una vista atrás, hacia la carretera por donde él mismo había llegado, con el temor en el cuerpo de que unas nuevas luces apareciesen en la oscuridad. Pero nada ocurrió. Echó un vistazo a los pocos vehículos que tenía alrededor y enseguida encontró su objetivo. Un viejo coche de color amarillo, de un estilo más propio de una marca japonesa, cuyos mejores años habían pasado pero que, con un poco de fortuna, podría resultar la tapadera perfecta que despistase a sus perseguidores.

Pocos minutos fueron necesarios para que la pobre seguridad del vehículo cediese y dejase paso a su nuevo conductor. Intentando que nadie notase su presencia, salió de allí acelerando lo menos posible, impidiendo que cualquier ruido brusco de motor pudiese despertar a los vecinos. Bastante sentía tener que robar un vehículo a un pobre e inocente ciudadano como para además arriesgarse a dar la alarma y que ello conllevara una masacre cuando sus enemigos llegasen allí. Sabía que sus rivales no tenían el más mínimo pudor a la hora de abrir fuego y arrebatarse vidas. Lo había comprobado en numerosas ocasiones.

Una vez hubo iniciado nuevamente su camino, la duda volvió a adentrarse en sus pensamientos. Podía tratar de llegar hasta Atlanta, seguramente lo que sus enemigos esperaban, y rezar para que sus habilidades fuesen lo

suficientemente buenas como para escapar. Debía cruzar los Estados Unidos de norte a sur, lo que supondría un desafío, no solo para él sino para su nuevo e improvisado medio de transporte. Pero también existía otro camino que tal vez tuviese mayor probabilidad de éxito.

Si algo había aprendido después de tantos años infiltrado en una organización enemiga, era a seguir sus instintos en los momentos de mayor confusión. Ese instinto primario al cual pocas veces escuchamos por culpa de nuestra tecnología y comodidades y que, sin embargo, sigue tan vivo como en nuestros primeros antepasados. Y ese instinto lo animaba ahora a viajar hasta una de las principales metrópolis del país e intentar ocultarse. Desde allí podría comunicarse con la base central y recibiría ayuda de sus compañeros, algo fundamental si quería aumentar sus probabilidades de éxito. Era un plan arriesgado pero más difícil de descubrir. Con un poco de suerte, el enemigo concentraría sus fuerzas en Atlanta mientras él disfrutaba de la tranquilidad del norte.

Extrajo un mapa de la guantera y estudió sus opciones más evidentes. Podría dirigirse a Nueva York pero su rival tenía grandes medidas de seguridad en esa ciudad y no era conveniente acercarse demasiado a las fauces del lobo. Por el contrario, tenía la ciudad de Chicago, igualmente viable y seguramente mucho más descuidada. Se decidió por esta segunda aunque se prometió a sí mismo no acercarse al refugio que su organización disponía en los alrededores de la ciudad. Si era descubierto, no quería que su error lo pagasen las vidas de sus compañeros novatos que solían ocupar esas pequeñas guaridas.

Así que con un destino claro en el horizonte, pisó con fuerza el acelerador y se dirigió hacia el sur, esperando que hubiese ganado tiempo, un precioso tiempo que podía suponer la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Y mientras una alejada persecución de vehículos comenzaba a adentrarse en las despobladas carreteras del norte, el resto de la organización no tenía intención de mantenerse al margen y permitir que el ladrón consiguiese su propósito. El objeto robado era el pilar que sostenía el éxito o el fracaso de su trabajo, de años de investigaciones y de todo tipo de actuaciones.

—Enviaré a los mejores y más preparados, no les quepa duda —afirmaba el líder de los servicios especiales—. Situaré al equipo a lo largo de todo el país junto a nuestros mejores soldados. No habrá milagro que pueda

salvarle.

Tras unos largos segundos en los que se escuchaban las voces que llegaban desde el otro lado del teléfono, el líder cortó la comunicación.

—Están furiosos pero creo que he conseguido calmarles, al menos para unas pocas horas.

—Los próximos días serán claves para la operación —señaló el teniente repasando sus opciones—. Si no obtenemos un rastro...

—Lo encontraremos, estoy convencido. Tenemos a los mejores y más preparados.

El teniente sin embargo, había estado valorando una nueva posibilidad de la cual nadie parecía haberse percatado. No necesitaría muchos hombres, tal vez solo tres o cuatro.

—¿Hay algún agente libre que pueda trabajar para mí? —preguntó.

—Hay uno, bueno una —respondió el agente—. No es un agente pero... ¿Por qué lo dices?

—Sabemos acerca de la base que disponen en Atlanta pero... ¿qué hay acerca del norte? —explicó el teniente—. Sabemos que hay otra... oculta, sí, pero existe. Creo que deberíamos cubrir las grandes ciudades. Nueva York y Chicago, especialmente ésta última donde tenemos mucha menor presencia.

—Puede ser una maniobra inteligente —admitió el agente—. El ladrón pensará lo mismo que nosotros y se dará cuenta de que Atlanta estará muy vigilada. Si es tan listo como parece, tal vez podamos pillarlo por sorpresa.

—Así es, no perdemos nada con ello y tal vez ganemos mucho más —reafirmó el teniente—. Con un poco de suerte le devolveremos la jugada.

—Perfecto entonces, me comunicaré con ella y le explicaré el plan —aceptó el agente—. No es fácil de convencer pero me escuchará.

—Enviaré a mis hombres directamente allí —añadió el teniente—. A estas alturas ya deben estar recorriendo Canadá. Daré orden para que la recojan en el aeropuerto de Chicago.

—Que así sea, pues —terminó el líder de los agentes—. Nos veremos pronto y espero que con buenos resultados. Esta cacería no puede

terminar sin su presa.

II

Derek y Gina

Derek Ackerman llega a casa después de su primer día de clase en la Universidad de Chicago. A sus veintidós años cumplidos el pasado mes de agosto, acaba de comenzar su último curso de formación universitaria esperando poder terminar su carrera en Economía, una rama complicada y exigente, con las mejores calificaciones posibles. Un curso duro y de mucha dedicación acababa de iniciarse para él. Aunque la dificultad no resultará ser ningún problema.

Desde el colegio, dejado atrás hace ya unos pocos años, siempre obtuvo muy buenas notas y la verdad, y eso era algo que él mismo reconocía, sin realizar demasiado esfuerzo. Pero, desde que comenzó la universidad en el curso 2010-2011, sus métodos de estudio se habían visto obligados a cambiar, otorgándoles ahora mucho más trabajo y dedicación, lo que le estaba dando unos muy buenos resultados. Así que el cuarto curso sería solo un nuevo reto que afrontar y superar. Nada más.

—Derek, hijo mío, ¿qué tal fue tu primer día? —preguntó la señora Ackerman nada más ver entrar a su hijo por la puerta.

Brenda Ackerman era una mujer alta, delgada y morena y, a pesar de sus cuarenta y algún años, (nunca mencionaba la edad exacta) se conservaba como una mujer mucho más joven. Mostraba siempre un semblante serio que no hacía honor a su simpatía y buen corazón.

—Bien mamá, gracias —respondió Derek acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla—. Ha sido un día bastante tranquilo en cuanto a clases. Sin embargo, me alegro de haber visto a muchos compañeros nuevamente después de todo el verano.

—Eso está muy bien —dijo la señora Ackerman sonriendo—. Oye Derek, necesito un pequeño favor. ¿Podrías subir esta caja al desván? Tiene mucha ropa de verano que no creo que vayamos a necesitar hasta el año

que viene.

—Claro, no te preocupes —asintió Derek amablemente—. Dejaré la mochila en mi cuarto y subiré la caja.

Derek se inclinó y cogió con ambos brazos la caja de cartón que su madre le había indicado. Tenía una cuartilla pegada con celofán a uno de los lados de la caja en el que podía leerse: «Pantalones y camisetas». Su madre era muy ordenada y siempre necesitaba tener todo perfectamente organizado. Tal vez el hecho de trabajar como secretaria en una oficina había agravado esa virtud aún más.

Derek llegó hasta arriba y, como le ocurría siempre que subía, se golpeó en la cabeza con una de las vigas que sobresalían del techo. La altura del desván dependía de la altura que tuviera el tejado justo en ese punto y, como en la entrada era bastante bajo, los cabezazos al entrar eran como una mala costumbre. No solo le pasaba al chico pues, al señor Ackerman, que tenía menor estatura que su hijo, más de una vez le había ocurrido algo similar.

Derek medía alrededor de seis pies por lo que no era excesivamente alto ni bajo. Era un chico de complexión fuerte, acostumbrado a hacer deporte, en especial correr y montar en bicicleta. Tenía el pelo rubio, casi siempre bastante corto y ojos de color azul, a los que acompañaban habitualmente unas lentillas para solucionar un pequeño problema de vista, de muy poca dioptría. De hecho, solía llevarlas más por precaución que por pura necesidad. Era, según solía decir, el precio a pagar por tener los ojos claros. Pero, a pesar de tener un buen aspecto físico, Derek se desinteresaba por completo de aquel asunto. Era un chico con mucha confianza tanto en sí mismo como en sus capacidades, por lo que no daba tanta importancia a su aspecto como muchos otros hacían.

Derek volvió a apagar la luz y salió del desván, poniendo mucho más cuidado ahora que al entrar, para evitar darse un nuevo cabezazo. Bajó las escaleras y entró en su habitación. No tenía ningún trabajo pendiente por hacer, pues las clases no habían siquiera comenzado, pero sí quería continuar con un proyecto personal en el que estaba trabajando desde hacía bastante tiempo. Encendió su ordenador portátil y empezó con su labor.

Hacía más o menos un año que había comenzado a escribir un libro por su cuenta. No sabía si sería bueno o malo, si merecería la pena ser leído o no, pero era un trabajo que deseaba completar aunque fuera en los ratos libres, como éste en el que se encontraba. Aprovechaba las tardes vacías, sobre todo entresemana, para avanzar página a página. No tenía prisa por acabarlo pues, ante todo, no quería dejar de lado sus estudios que, al fin

y al cabo, eran lo más importante para él.

Eran las siete y media de la tarde cuando Derek guardó su trabajo y apagó el ordenador. Había conseguido escribir cuatro páginas más, por lo que podía decirse que había sido una tarde provechosa. Pensando que no quedaría demasiado tiempo para la cena, decidió bajar hasta el salón y esperar allí. No había comido nada desde el mediodía y comenzaba a tener hambre.

Al llegar a la planta baja, Derek vio a su padre sentado cómodamente mientras veía la televisión. Se había concentrado tanto en su libro que no se había percatado de su llegada, pues no había escuchado ni siquiera el ruido de la puerta al abrirse. Se sentó junto a él mientras, desde la cocina, podía escucharse el ruido de los fogones que indicaba que la cena estaría servida dentro de poco.

—Hola papá —saludó Derek—, ¿qué tal tu día de trabajo?

—Derek, hijo, más o menos como siempre —respondió su padre apartando la vista del televisor—. Ya sabes, papeles y más papeles. ¿Ya habéis comenzado con las clases en la universidad?

—Ha sido un día tranquilo, mañana empezaremos con más fuerza —le informó Derek—. Solo hemos tenido una reunión con los profesores para informarnos bien de cómo funcionarán las clases y todo lo demás.

August Ackerman, padre de Derek, trabajaba como director en una sucursal bancaria en el barrio de Chicago Loop, dentro del distrito financiero de la ciudad. Era un hombre fornido y algo más bajo que su hijo, con una potente voz grave que daba cierta sensación de autoridad y respeto hacia su persona. Era también rubio y de ojos claros, por lo que ya sabían a quién se parecía Derek en ese aspecto, aunque el paso de los años hacía que una pequeña calva comenzase a aparecer en su cabeza. A pesar de dedicarse al ámbito económico, nunca había instado a su hijo a seguir sus pasos. Derek sin embargo, sentía predilección por todo lo relacionado con dicho mundo y, a menudo, debatía con su padre al respecto de las últimas noticias que aparecían en prensa o televisión.

La señora Ackerman salió de la cocina para informarles que la cena estaba lista y servida. Ambos se dirigieron hasta la mesa para sentarse y degustar la comida de los platos. La verdad es que la cena era el único momento del día en el que padre, madre e hijo se reunían juntos para comer y hablar de cómo había ido el día. Por la mañana no disponían de mucho tiempo ya que, a la hora del desayuno, apenas tenían unos

minutos para prepararse, con las prisas apremiándoles de un lado para otro. Y al mediodía, Derek solía comer algún sándwich o bocadillo en la universidad, el señor Ackerman comía cerca de su oficina y solo la señora Ackerman, cuyo trabajo se encontraba a escasos diez minutos en coche, solía pasarse dos o tres días a la semana para comer en casa. Por lo tanto, apenas disfrutaban de un rato para pasar en familia a la hora de cenar y, por supuesto, también los fines de semana. Solían hablar de los problemas del trabajo o de la universidad, la actualidad o incluso, aunque la señora Ackerman no estuviera del todo de acuerdo, de noticias relacionadas con asuntos deportivos.

—Bueno Derek, ¿cómo ves la universidad este año? —preguntó la señora Ackerman a su hijo—. Supongo que por ser el último curso todo será más complicado.

—Puede ser, sí —asintió Derek, mientras se servía un poco de ensalada—. En todo caso, no me da miedo lo difícil que pueda llegar a ser. Será mucho más estresante, eso sin duda.

—Supongo que tienes razón —dijo la señora Ackerman—. Pero estoy segura de que lo harás lo mejor posible, como siempre.

—¿Qué sabes de Gina? Volvía hoy de Denver, ¿no? —preguntó el señor Ackerman.

—Así es, papá —afirmó Derek—. Mañana iremos juntos a la universidad, como siempre. Espero que haya disfrutado de sus vacaciones. Ayer hablé con ella y me dijo que tenía ganas de quedarse allí pero también quería regresar a la rutina.

—Tienes que invitarla a casa en cuanto llegue —le pidió su madre—. Tengo muchísimas ganas de verla nuevamente.

—Mañana mismo si quieres —sugirió Derek—. Así os ponéis al día.

Gina Raven era una de sus mejores amigas en la universidad, por no decir la mejor. Se conocieron durante el primer curso ya que ambos se encontraban algo desorientados al principio. Cierta día en que debían asistir a un seminario después de las clases, se encontraron ambos por el pasillo completamente perdidos. Juntos consiguieron llegar al punto de reunión a tiempo y, tras tres horas de escuchar diferentes presentaciones y discursos de bienvenida, comenzaron a forjar una buena amistad. Amistad que había ido creciendo a lo largo de ese curso y de los posteriores. Gina estudiaba Medicina y, aunque era una rama completamente diferente a la de Derek, solían pasar juntos muchas tardes, ayudándose mutuamente. Tenían la misma edad, con la única diferencia de que Derek cumplía los años en agosto mientras que Gina los

cumplía en septiembre.

Gina vivía a escasos cinco minutos de Derek, en la casa de unos familiares cercanos que permitían que se quedara durante los meses que duraban las clases. En los meses de verano y también en Navidades, solía regresar a Denver con su padre. Tanto ella como su padre eran originarios de Nueva Orleans, pero el señor Raven había decidido mudarse a Denver tras la muerte de su esposa. Bianca Raven falleció en un accidente de tráfico repentino cuando Gina tenía apenas catorce años. Fue un golpe muy duro, tanto para ella como para el señor Raven, que no soportaba seguir rodeado de tantos lugares que le recordaban a su mujer. Es por ello que ahora vivían en una bonita casa en Denver, donde Derek había pasado quince días el verano anterior.

El señor y la señora Ackerman sentían especial predilección por Gina, tal vez por su triste pasado o quizás porque era una chica realmente encantadora. A menudo la señora Ackerman solía invitarla a tomar café por las tardes, marchaban juntas a comprar o, incluso, preparaba alguna tarta para que se la llevase a su padre cuando Gina volvía a Denver. Y, a decir verdad, Gina agradecía mucho aquella relación madre-hija que disfrutaba con la señora Ackerman ya que, los familiares con los que se hospedaba, no eran demasiado amables ni cariñosos con ella. Incluso, durante su segundo curso, llegó a plantearse la idea de que Gina se quedara con los Ackerman durante el invierno para que no tuviera que soportar a sus antipáticos familiares. Pero la invitación fue rechazada por la propia Gina, ya que no quería abusar de la confianza que tenía con Derek y sus padres.

Derek terminó de cenar y ayudó a su padre a recoger la mesa y a fregar los platos. En su casa, la costumbre era que la señora Ackerman cocinara, ya que era la miembro que mejor lo hacía, y que el señor Ackerman y Derek dejasen todo limpio y recogido al terminar. Como los tres estudiaban o trabajaban fuera de casa, esta era la solución más cómoda para que todos colaborasen. Para llevar a cabo la limpieza de la casa, tenían contratada a una asistente que venía una vez a la semana para dejar todo reluciente. Podían hacer la limpieza ellos mismos pero los Ackerman no tenían ningún tipo de apuro económico por lo que podían permitirse sin problemas ese pequeño lujo.

A la mañana siguiente, el despertador sonó temprano. Eran las seis de la mañana, la hora habitual a la que Derek solía ponerse en pie cuando tenía que ir a clase. Apenas le costó levantarse de la cama pues se encontraba muy descansado. Se dio una ducha rápida y bajó a desayunar. Prefería desayunar antes de vestirse pues, en cierta ocasión, derramó todo su tazón de yogur en sus pantalones, en uno de esos días en los que es mejor no levantarse y seguir durmiendo. Derek acostumbraba a despertarse con bastante apetito, así que acabó comiendo dos tostadas, unas lonchas de jamón con un huevo duro y su habitual tazón de yogur

con cereales. Prefería desayunar más abundantemente para evitar tener hambre en las primeras horas de clase y conformarse con un par de sándwiches al mediodía.

Salió de casa y se dirigió calle abajo, a unas pocas yardas de su hogar, donde tenía aparcado su Ford Mustang. Era un coche de segunda mano, pintado de rojo y atravesado con dos rayas negras. Sus padres se lo habían regalado al ser aceptado en la universidad, como premio por el esfuerzo realizado. La verdad era que Derek no esperaba semejante regalo y se llevó una grata sorpresa cuando vio a su padre aparecer con él en la puerta de casa. Desde entonces, ese era su medio de transporte más habitual, sobre todo para ir a la universidad. El coche se había convertido en su posesión más preciada con diferencia.

—¡Derek! —lo llamó una chica, saludándolo con la mano mientras se acercaba a la carrera.

Era Gina. Allí estaba después de dos meses sin verla corriendo hacia él con su larga melena al viento. Gina era una chica de pelo castaño, ojos marrón claro, tenía una sonrisa perfecta y era realmente guapa, como Derek reconocía muchas veces. Delgada y muy cuidada debido al deporte que hacía, resultaba una chica muy atractiva. Muchos chicos de la universidad habían querido salir con ella pero la gran mayoría habían sido descartados. Y es que su amiga Gina era más que una cara y un cuerpo bonito. Adoraba las largas conversaciones sobre temas interesantes y desconocidos, leer y aprender constantemente y, sobre todo lo demás, detestaba a «los chicos sin neuronas», como ella solía decir. A Derek le parecía una chica realmente estupenda y, aunque más de uno había insinuado que hacían una muy buena pareja, nunca habían estado interesados el uno en el otro.

—¡Gina, me alegro de verte al fin! ¿Cómo ha ido el viaje?

—Yo también me alegro de verte —respondió Gina abrazándose a Derek—. Ha sido un viaje largo, como siempre, pero me alegro de estar por aquí nuevamente.

—¿Qué tal por Denver? —preguntó Derek, mientras subían al coche—. ¿Y cómo está tu padre?

—Pues más o menos como siempre, ocupado con sus cuadros y demás —respondió ella. El padre de Gina era fontanero pero, en sus ratos libres, dejaba sacar toda su inspiración pintando cuadros—. ¿Y qué tal tus padres?

—Pues mi padre trabajando en su sucursal, ya sabes que se obsesiona mucho con su trabajo —dijo Derek y al momento recordó lo que su madre le había pedido—. Casi se me olvida. Pásate esta tarde por casa que mi

madre quiere verte y tomar algo contigo. Te adora, ya lo sabes.

—Lo sé, yo a ella también —dijo Gina—. Encantada pasaré un rato con vosotros.

Se pusieron en marcha camino de la universidad. Desde Avondale, el pequeño y tranquilo barrio en el que vivían, hasta la Universidad de Chicago tenían una media hora de camino. Debían salir de Avondale y dirigirse hasta la autopista interestatal 94, que pasaba justo al lado de la propia universidad. Sin duda era una suerte tener un vehículo con el que moverse pues, en transporte público, se tardaba más de una hora en llegar.

Derek tenía la suerte de que, al ser nacido y criado en Illinois, tenía bastante cerca los estudios superiores. La Universidad de Chicago era una de las mejores universidades del mundo, sobre todo en el ámbito económico y de negocios, que era el más apreciado por Derek. Sin embargo, otros muchos compañeros y alumnos llegaban desde otros estados del país y se alojaban en las múltiples residencias, que acababan rebosantes de nuevos y antiguos alumnos.

Mientras avanzaban por la autopista, Gina fue poniendo al corriente a Derek de todo lo que había hecho durante las vacaciones. Lo más interesante sin duda, fue la escapada que Gina organizó con dos amigas de Denver para hacer un pequeño viaje a California y pasar unos días en Los Ángeles, ciudad que solía encantar a la mayoría de personas que la visitaban por sus playas y su glamour.

Una vez llegaron a la universidad, Derek aparcó cómodamente en una de las abundantes plazas del parking y ambos salieron del vehículo. Parecía que se avecinaba un día agradable pues el sol ya se alzaba en el cielo, sin nubes que pudieran cubrirlo. Normalmente en octubre los días eran apacibles hasta que llegaban las lluvias otoñales. No obstante, por las noches la temperatura descendía de manera importante dejando unas noches frías, aunque nada comparable por supuesto al invierno posterior.

Gina se despidió de Derek y se dirigió camino a su clase, la cual estaba en una zona muy alejada a donde Derek tenía la suya. Antes de que la chica desapareciera del todo de su vista, una nueva voz lo llamó:

—Derek, ¿cómo estás tío? —preguntó James Applebot, uno de los mejores amigos que tenía en la universidad.

—Hola James, acabo de llegar —respondió Derek, dándole la mano—. ¿Preparado para comenzar las clases? Hoy ya empezamos en serio.

—Por supuesto —asintió James—. Pero será mejor que vayamos

caminando hacia el aula, hace frío aquí fuera.

Juntos comenzaron a recorrer el camino que los separaba del edificio. James iba a la misma clase que Derek desde que comenzaron la carrera y ambos congeniaban bastante bien. Era un chico muy alto, con una altura de un poco menos de siete pies o casi dos metros, moreno de pelo y piel y bastante bromista. Para él la universidad no era un centro de estudios únicamente sino, más bien, una continua ida y venida de amistades. James sentía mucha atracción por Gina a pesar de que ésta lo había rechazado en varias ocasiones.

Otro chico los acompañaba normalmente. Se trataba de Ted Bowl, «el simpático Ted», como se le conocía. Ted era un chico de baja estatura, corpulento y con aspecto bonachón por sus mejillas rosadas y su pelo pelirrojo. Derek y James se acercaron a él cuando lo vieron completamente solo en medio de un descanso entre clases. Al principio resultó ser una persona algo tímida pero enseguida comenzó a coger confianza y a mostrar su lado más divertido. Los tres solían pasar juntos muchas tardes y también algún que otro fin de semana. Tanto Ted como James se hospedaban en una de las famosas residencias para estudiantes, donde disfrutaban de numerosas noches de fiestas y diversión que luego, por desgracia, se veía reflejado en sus bajas calificaciones.

Tras un largo y aburrido paseo hasta la clase correspondiente, Derek y James se encontraron con Ted que aguardaba en el interior, ya sentado en una de las butacas. Se sentaron a su lado y esperaron a que poco a poco la clase fuese llenándose. Varios compañeros y compañeras los saludaron al pasar por su lado. Otros se sentaron en las filas cercanas a ellos. En cuanto el nuevo profesor hizo su aparición, todos quedaron en silencio y la clase dio comienzo.

—¿No vienen Gina y Lara a comer con nosotros? —preguntó James, mientras cogían sitio en la cafetería.

—Están de camino —informó Derek, leyendo un mensaje en su móvil—. No me digas que sigues detrás de ella...

—¿Acaso lo dudas? —preguntó Ted irónicamente

Se sentaron en una de las mesas más cercanas al mostrador donde se pedían cafés, bocadillos o algún refresco.

—Es como una especie de reto —dijo James, insistiendo sobre Gina—.

Antes o después acabará aceptando.

—Antes o después acabará huyendo para no aguantarte —replicó Derek—. Olvídala, sería lo más saludable para todos.

—Sabes que no lo hará —dijo Ted—. Insistirá e insistirá...

—¿Y tú qué? ¿Cuánto tiempo llevas intentando quedar con Lara? —le recriminó James—. Yo al menos tengo el valor para decir lo que siento.

Derek los calló de inmediato mientras señalaba con la mano a las dos chicas que se acercaban. Por suerte, Derek había reaccionado justo a tiempo para que no escuchasen aquella conversación. Ted era muy tímido a la hora de expresar sus sentimientos y el complejo físico que sufría no ayudaba en absoluto. Lara no sabía nada de los sentimientos de Ted y aquella no era la mejor manera de enterarse.

—Hola chicas, ¿qué tal las clases? —saludó Derek, mientras miraba de reojo a sus dos amigos que aún intercambiaban miradas duras.

—No ha estado mal —respondió Lara riéndose—, aunque parece que hemos conseguido dos nuevos admiradores.

Lara Reinold era una chica rubia con unos bonitos ojos verdes. Tenía la piel muy blanca y parecía haber nacido en los países más nórdicos. Ted se había encaprichado de ella desde que la vio por primera vez.

—¿Admiradores? —preguntó James desconcertado—. Veo que no perdéis el tiempo.

—Nosotras nunca lo perdemos —respondió Gina— pero hay muchos chicos a los que les encanta perderlo una y otra vez.

Derek estaba esperando a que James dijera algún cumplido empalagoso e inapropiado pero, para su sorpresa, no dijo ni una sola palabra al respecto.

—Si os apetece voy pidiendo algo de comer en el mostrador —se ofreció Ted, lo que indicaba que comenzaba a tener hambre—. Si me dais dinero, voy pidiendo para todos.

—Dos bocadillos para Derek y para mí, de lo que más te guste —pidió James, sacando su cartera de la mochila. Ante la cara de sorpresa de Derek añadió—: Te debía dinero desde la semana pasada cuando fuimos al cine, ¿recuerdas?

—Para mí un sándwich de pollo —pidió Gina sonriendo a Ted—. Eres muy

amable, gracias.

—Yo te acompaño para que no vayas solo —dijo Lara, levantándose también—. Si vas solamente tú es probable que no puedas regresar cargado con tantas cosas.

Lara hizo bien en acompañar a Ted pues, a pesar de su buena voluntad, habría acabado con los bocadillos y los sándwiches por el suelo. Así la comida estaría mucho más segura. Ambos se acercaron con rapidez hasta el mostrador pero tardaron unos diez minutos en poder pedir lo que querían pues, a esas horas del mediodía, todo el mundo se reunía para comer algo y descansar. Era lo mejor que podían hacer antes de enfrentarse a las últimas clases y afrontar el regreso a sus casas.

Tras hora y media de sesión ininterrumpida, Derek salió del aula, se despidió de James y de Ted y marchó hacia el aparcamiento dispuesto a esperar a Gina y regresar a casa. Su dolor de cabeza había ido aumentando con el paso de los minutos a la vez que el cielo se oscurecía cada vez más. Parecía que se avecinaba una tarde y noche lluviosas. Para su sorpresa, Gina ya estaba esperándolo junto al Ford Mustang. Era curioso pues, en la gran mayoría de las ocasiones, era él quien debía de esperarla. Por otra parte, era algo completamente normal ya que la zona donde ella estudiaba estaba mucho más alejada de allí que la suya.

—Menos mal que has llegado —dijo Gina, al verlo llegar—. Parece que va a llover dentro de nada.

—¿Hace mucho que estás aquí? —preguntó Derek.

—Solo unos diez minutos, más o menos —respondió ella—. Nuestra última clase ha sido más breve de lo normal y por eso he llegado un poco antes.

—Bueno, será mejor ponernos en marcha —dijo Derek, guardando su mochila y el bolso de Gina en el maletero—. Esperemos que no haya demasiado tráfico.

Para suerte de ambos, apenas había circulación por la autopista y recorrieron con mucha comodidad las primeras millas. Comenzó a llover cuando apenas llevaban diez minutos en la carretera. Fuertes goterones golpeaban la luna del coche, obligando a Derek a activar los parabrisas. La verdad es que hacía algún tiempo que no llovía, así que venía bien un poco de agua que refrescase el ambiente, los parques y los jardines.

Derek observó por el retrovisor a dos coches que se acercaban a ellos a toda velocidad. El primero era un Toyota de color amarillo bastante antiguo. El segundo estaba justo detrás del primero, muy pegado a él, como acosándolo. Derek no pudo reconocer qué clase de coche era pero su carrocería era negra y llevaba los cristales completamente tintados. En

un movimiento brusco, Derek giró el volante y se colocó en el carril de la izquierda al momento que los dos autos pasaban por delante de él a toda velocidad. No tuvo tiempo de distinguir a nadie en ellos. Tras un par de maniobras peligrosas comenzaron a alejarse a toda velocidad por la autopista, dejando al Ford Mustang de Derek bastante atrás.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gina algo asustada—. ¡Han pasado a toda velocidad!

—Pues o tenían mucha prisa —respondió Derek, que tenía muy claro lo que había sido aquello— o mucho me temo que era una persecución. Y no de la policía precisamente.

—¿Dices que ese coche negro intentaba cazar al otro? —preguntó Gina desconcertada—. Pueden provocar un accidente en cualquier momento.

—Suerte que hay muy poco tráfico ahora mismo —respondió Derek—. En todo caso, dudo mucho que a esos dos les importe demasiado provocar algún tipo de accidente. Pero es curioso, esos coches de gama alta, negros y con los cristales tintados, suelen ser de la mafia o del gobierno.

—Me temo que nunca lo sabremos —dijo Gina preocupada— salvo que se estrellen y salgan esta noche en las noticias.

Recorrieron el pequeño trayecto que les restaba aún con el susto en el cuerpo. Las situaciones de riesgo en la carretera eran completamente normales pues, al haber muchos coches normalmente circulando, era lógico que se produjesen algunas situaciones de peligro. Pero aquello había sido muy diferente, una completa temeridad al volante. Estaba claro que había algo importante detrás de aquello, no un pique casual entre dos conductores.

Ambos llegaron hasta la casa de Derek tras dejar aparcado el Mustang y entraron en el recibidor. Tal como había prometido a su madre, invitó a Gina a pasar y a ponerse cómoda. Enseguida apareció la señora Ackerman que se abalanzó sobre Gina para abrazarla y al momento comenzaron con la clásica conversación de quienes hace tiempo que no se ven, pasando ambas a la cocina a preparar un poco de café.

Derek subió hasta su habitación y, tras dejar la mochila de clase encima de la silla de estudio, se dejó caer sobre la cama. Llevaba toda la tarde deseando hacer aquello. Tumbarse allí sin ninguna preocupación, esperando que el dolor de cabeza amainara. No solía acostarse antes de la hora habitual ni le gustaba dormir más de la cuenta pero, en aquella ocasión, necesitaba un buen descanso. Parecía que la vuelta a la universidad había sido más dura de lo imaginado en un principio.

III

El hombre desconocido

Derek despertó bastante avanzada la tarde, siendo casi la hora de la cena. Se desperezó como pudo y se incorporó. Había pasado toda la tarde durmiendo sin que nada ni nadie lo molestase y, por fortuna, el dolor de cabeza con el que se había quedado dormido había desaparecido por completo. No pensaba que se quedaría dormido nada más llegar a casa, no era demasiado normal. Se levantó y se dirigió hacia la ventana donde el cielo se oscurecía cada vez más según caía la tarde, oculto ya de por sí por las propias nubes que aún lo poblaban. No llovía en ese instante aunque las aceras de la calle se veían bastante mojadas, por lo que debía de haber escampado hacía poco tiempo.

Bajó al piso de abajo y encontró a su madre hablando por teléfono en el salón así que supuso que Gina debía de haberse marchado ya. Su amiga imaginaria que se había quedado dormido y por eso no subió a molestarlo. Derek se sentó en el sillón sin muchas fuerzas. La verdad era que, aunque se había recuperado de su dolor de cabeza, el dormir a media tarde lo dejaba siempre para el arrastre...

Su madre lo saludó al verlo aparecer por allí y, a los cinco minutos, colgó el teléfono.

—Gina se marchó hace un buen rato —le informó ella—. Como no bajabas, subimos por si ocurría algo y te encontramos dormido. No quisimos despertarte.

—Lo siento —se disculpó Derek— pero me dejé caer en la cama y me quedé dormido, no pude evitarlo.

—No te preocupes, estarías cansado —dijo su madre con una sonrisa—. Además, así aprovechamos las dos para ponernos al día.

—Espero que hayáis aprovechado la tarde mucho más que yo —respondió Derek—. Por cierto, ¿dónde está papá?

Justo en ese instante la puerta de la calle se abrió y el señor Ackerman apareció en el umbral. Iba cargado con tres o cuatro bolsas de la compra.

Derek se acercó hasta él y le cogió las bolsas para llevarlas hasta la cocina. Parecía que, ya que volvía del trabajo, había pasado por el supermercado para hacer unas pocas compras.

—Justo estábamos hablando de ti —comentó la señora Ackerman a su marido—. ¿Has comprado todo lo que te pedí?

—Todo lo que me escribiste en la lista —respondió el señor Ackerman, quitándose el abrigo y la americana de su traje—. Menudo día...

—¿Mucho trabajo? —preguntó Derek.

—Más de lo necesario —respondió su padre—. Oliver ha faltado hoy y hemos tenido que cubrir su trabajo, que no era poco precisamente. Espero que tenga una buena excusa para darme mañana. Y tú, ¿qué tal en clase?

—Nada interesante, clase normal y corriente —respondió Derek, que de pronto recordó el incidente en la carretera— pero me ha pasado algo curioso y muy peligroso mientras volvía a casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre desde la cocina, donde estaba organizando la compra—. Mira que siempre te digo que conduzcas con cuidado.

—No ha sido mi culpa —se defendió Derek—. No he tenido nada que ver.

Su madre siempre advertía del peligro de la carretera y le recomendaba tener cuidado. Cuidado que, por otra parte, ya tenía Derek sin necesidad de que nadie se lo dijese. Suponía que era una preocupación característica de todas las madres.

—Veréis, llevaba unos diez minutos conduciendo —continuó Derek— cuando dos vehículos me adelantaron a toda velocidad, obligándome a dar un giro brusco al volante en el último momento. Parecía una especie de persecución.

—Probablemente un par de gamberros que no tendrían nada mejor que hacer —comentó su padre—. Suerte que reaccionaste deprisa y no os ocurrió nada.

—No deberían dar el permiso de conducir a todo el mundo —protestó su madre—. Luego provocan los accidentes para que los suframos los demás.

—No creo que fuesen niños haciendo una carrera —explicó Derek—. Uno de los coches era muy parecido a los que usa el personal del gobierno. Además intentaba bloquear al otro coche, haciéndolo trompear. En el

tramo que pude observarlos no lo consiguió.

—No creo que fuese un coche del gobierno —respondió su padre—. Más bien sería algún grupo de criminales o algo parecido. De todo tiene que haber en el mundo.

—Supongo que tendrás razón —asintió Derek, sin querer dar más vueltas al asunto.

Derek pasó el resto de la tarde junto a su padre viendo la televisión. Hablaron un poco de todo, especialmente de la crisis y la situación en la que se encontraba el país. Era de sus clásicas charlas de padre a hijo o, como en este caso, también de hijo a padre. Al final acabaron hablando de la NBA, sin saber muy bien cómo.

Cuando terminaron la cena y recogieron todos los platos sucios, Derek subió hasta su habitación con la intención de aprovechar para continuar escribiendo su libro. No tenía ni pizca de sueño después de haberse pasado toda la tarde durmiendo así que encendió su ordenador y sin más dilación, comenzó a escribir.

La semana transcurrió sin ningún tipo de incidente. Las clases iban adquiriendo su ritmo habitual y los primeros trabajos individuales comenzaron a llegar. Había que organizarse muy bien los horarios para que hubiese tiempo para todo. Un poco de estudio, llevar los apuntes al día, organizar los trabajos y también dejar tiempo libre para descansar.

El miércoles, Derek, James y Ted decidieron quedarse durante la tarde para comenzar a preparar su trabajo semanal. Normalmente tenían trabajos cada semana, así que era mejor comenzar cuanto antes a realizarlos y evitar así las prisas de última hora. Por suerte para ellos, consiguieron dejar acabados los deberes esa misma tarde, aunque ello supuso terminar casi a la hora de cenar.

El jueves fue un día mucho más descansado aunque las clases se volvieron terriblemente aburridas. Siempre hay días en los que las lecciones parecen ser más agradables y amenas y otros en los que los minutos parecen convertirse en horas. En esta ocasión no tuvieron que hacer tiempo extra y Derek pudo volver a casa mucho antes.

Gina, por su parte, tampoco estaba desocupada. Entre la cantidad de libros llenos de teoría que debía estudiar y las prácticas semanales que preparaba en el laboratorio, acababa incluso más abarrotada de trabajo que Derek. Gina solía trabajar mano a mano con Lara, sobre todo en las

horas de laboratorio, para hacer las actividades algo más entretenidas. Siempre era más fácil trabajar en parejas para poder corregirse mutuamente los errores. Sin duda alguna, habían acertado al pensar que el último curso sería el más estresante de todos y las semanas iban a parecer mucho más largas de lo habitual durante este año.

Pero por fin llegó el viernes, un día muy esperado por todos los alumnos, pero especialmente por los de último año. La verdad es que la semana había sido bastante dura y todos llegaban bastante agotados. La falta de costumbre, perdida completamente durante las vacaciones de verano, se hacía notar durante los primeros días. Cuando finalmente terminaron las últimas clases, la sensación de alivio era evidente. Al menos disfrutarían de un par de días de tranquilidad antes de iniciar una nueva semana a la que llegarían mucho más preparados.

Derek condujo su vehículo, con Gina a su lado, hasta Avondale. Gina iba contándole todo lo que había hecho durante el día, incluida una prueba médica en la que debían de diagnosticar una enfermedad estomacal, por lo que Derek pidió cambiar de tema pues no quería tener en su cabeza esas imágenes cuando llegase la hora de la cena.

—Oye, ¿me acompañarías mañana al centro? —preguntó Gina—. Necesito comprar un libro especializado en una librería y podríamos comer por allí.

—Sí, claro, no hay problema —respondió Derek—. ¿De qué va el libro ese?

—Mejor no te lo digo —dijo Gina sonriendo—. Si las enfermedades estomacales te sientan mal, esto mejor ni nombrarlo.

—Me parece bien, prefiero no saberlo —contestó Derek riendo—. Podemos quedar allí con James y Ted e ir a tomar algo por la tarde.

—Como quieras —dijo Gina—. Pero espero no regresar muy tarde porque tengo trabajo que hacer.

—Pienso llevar el coche así que no tardaremos demasiado —dijo Derek—. En todo caso, no deberías comenzar a estresarte tan temprano. Después te pasara lo mismo que el año pasado.

En los últimos exámenes del curso anterior, Gina había llegado a un punto tan alto de colapso que sufrió una pequeña crisis nerviosa y un fuerte ataque de ansiedad. Los médicos de la universidad intentaron calmarla lo más que pudieron pero fue necesario llamar a una ambulancia y trasladarla al hospital, al ver que no se calmaba de ninguna manera.

—Todavía no entiendo lo que me pasó ese día —insistió Gina, que siempre

que salía el tema repetía la misma frase—. Nunca me pongo tan nerviosa.

—No sé lo que te pasó pero deberías tomarte todo con más calma —sugirió Derek—. Siempre acabas sacando buenas notas en todo lo que te propones. No necesitas agobiarte desde el principio del curso.

—Lo intentaré pero no prometo nada —respondió Gina—. Ojalá fuera tan fácil como lo pintas, ya me gustaría.

Derek dejó a Gina en su casa y siguió avenida abajo para después girar a la derecha y llegar hasta su calle, para aparcar justo delante de casa. Estaba deseando llegar, pensando en prepararse una buena taza de café y pasar la tarde sentado tranquilamente en el sillón. Si para algo se había pasado toda la semana trabajando era para tener libre el fin de semana. Y esa sería una buena manera de comenzar. Pasaría el sábado con Gina y los chicos y utilizaría el domingo para continuar con su novela. Parecía un fin de semana perfecto y esperaba que nada ni nadie se lo estropease.

Entró en casa y se extrañó al no ver a nadie allí. Sus padres debían de haber salido de paseo o para ocuparse de algún recado, pues ninguno de los dos estaba en casa. Los viernes ambos salían antes del trabajo y acostumbraban a llegar a casa antes que él. Encendió el televisor y pasó por la cocina para servirse una taza de café con lo que había sobrado del desayuno por la mañana. Encontró una caja de pastas de té abierta sobre la encimera, así que decidió sumarlas al café y completar una merienda improvisada. Como en la televisión no había nada interesante, decidió poner una de las películas que tenía en su ordenador. Solía comprar las películas en un videoclub online que rebajaba mucho los precios habituales. De ese modo, compraba más películas de las que realmente veía, por lo que tenía un buen puñado de ellas en lista de espera. No era muy dado a ver películas en realidad. Solía comprar la mayoría porque su madre era muy cinéfila y disfrutaba mucho viendo los últimos estrenos. Él prefería hacer cualquier otra cosa salvo en días puntuales, como éste, en los que se sentía animado para pasar un par de horas sentado mirando el televisor.

A las dos horas, se escuchó el ruido de la cerradura y el señor y la señora Ackerman entraron en la casa. La señora Ackerman traía consigo una caja cuadrada y de intenso color rojo que debía contener una pizza enorme para la cena. Durante los fines de semana estaba casi prohibido cocinar en casa de los Ackerman, así que solían salir a comer a algún restaurante o pedir comida a domicilio. Era una forma práctica de evitar guisos en los días de descanso. Enseguida sacaron unas bebidas de la nevera y comenzaron a comer, antes de que la pizza se enfriase por completo.

Al día siguiente, sábado, Derek despertó alrededor de las nueve de la mañana. Los rayos de sol penetraban por debajo de la persiana, la cual nunca estaba bajada por completo. No se escuchaba ni un ruido en la casa

por lo que sus padres debían de seguir durmiendo. Desde la calle solo se escuchaba el canto de unos pájaros que debían haberse agrupado en alguno de los árboles que ambientaban las aceras. Daba gusto estar allí tumbado, sin ningún problema que rondara por su cabeza. Podía permanecer allí un rato más, pues había quedado a las once con Gina y no tardaría más de media hora en estar preparado para salir.

Ayer, antes de acostarse, llamó a James para ver si se animaba a quedar con ellos por la tarde. James y Ted se pusieron juntos al teléfono utilizando el altavoz y, por el ruido que se escuchaba de fondo, Derek dedujo que se encontrarían en una nueva fiesta universitaria en su residencia. Allí hacían fiestas por todo lo que uno se pudiera imaginar. Daba igual la razón, cualquier excusa era buena para organizar un nuevo evento. Derek había estado en muchas de ellas y, había que reconocerlo, sabían montárselo muy bien. Con mucho esfuerzo había conseguido comunicarse con ellos y, o al menos eso creyó escuchar, ambos habían aceptado su propuesta. Otra cosa sería en qué estado apareciesen pero la verdad era que eso no importaba demasiado.

Se levantó y caminó hasta el cuarto de baño para darse una buena ducha que terminara de despertarlo. Al cerrar la puerta del baño, escuchó abrirse la ventana en la habitación de sus padres. Seguramente no tardarían demasiado en ponerse en pie ellos también. Derek se miró en el espejo y se dio cuenta del aspecto tan desaliñado que mostraba. Solía dar muchas vueltas en la cama y siempre se despertaba con el pelo totalmente alborotado.

Tras la ducha, bajó a desayunar a la cocina. Allí estaba su madre friendo un poco de beicon y también unos huevos. Además había sobre la mesa unas lonchas de embutido y una botella llena de zumo de naranja. Derek desayunó un par de huevos fritos con tres lonchas de beicon y un buen vaso de zumo, antes de subir a cambiarse de ropa. Hoy comería más tarde de lo habitual ya que, entre que llegaban al centro, encontraban la librería y buscaban algún lugar para comer, fácilmente serían las dos o tres de la tarde. En treinta minutos estaba totalmente preparado para salir de casa. Cogió las llaves del coche y su cartera y decidió escribir con el móvil a Gina para que saliera cinco o diez minutos antes de casa. No le apetecía estar media hora más esperando y tuvo suerte de que Gina contestase afirmativamente. No era la típica chica que tardaba dos horas en vestirse, peinarse y arreglarse, completamente opuesta a Lara en ese sentido. En cierta ocasión, él y Ted tuvieron que esperarla durante una hora mientras, según ella, solo estaba arreglándose un poco el peinado.

Como hacía un día soleado y sin una nube que cubriese el cielo, Derek decidió esperar a Gina fuera, junto al coche. No apetecía demasiado estar dentro de casa ya que las temperaturas aún eran agradables en el exterior y sin embargo, en los hogares, aún se guardaba el calor sofocante que había hecho durante el verano. En la calle corría un aire

fresco, muy típico del otoño, que obligaba a llevar algún tipo de ropa de abrigo pero que no resultaba excesivamente molesto.

Gina apareció a los cinco o diez minutos. Derek la encontró algo extraña ya que siempre acostumbraba a llevar el pelo suelto y en esa ocasión lucía dos coletas trenzadas. Por lo demás, estaba igual de guapa que siempre. Gina sonrió cuando llegó a su lado. Parecía bastante contenta esta mañana.

—¿Te has levantado muy pronto? —preguntó ella—. No esperaba que estuvieses listo hasta las once en punto.

—Sobre las nueve, nueve y cuarto —respondió Derek—. La verdad es que no tenía apenas sueño y ya sabes que odio quedarme en la cama una vez despierto.

—Pues yo no tenía intención alguna de levantarme —dijo Gina, poniendo expresión de desagrado— hasta que la “simpática” de mi tía Margaret se ha empeñado en despertarme. Ya sabes lo agradable que es.

Derek se rio. Realmente la tía de Gina era de las personas más desagradables y antipáticas que conocía. En alguna que otra ocasión, había pasado por la casa para ver a Gina y el trato que había recibido había sido muy similar al que recibiría un ladrón. Y por supuesto, el marido de Margaret, el señor Andreus, era igual o peor que su esposa. A Derek no le extrañaba nada que la hija de ambos, Grisela, hubiera crecido tan engreída y condescendiente. Tenía diecisiete años y era, con bastante diferencia, la chica más borde que Derek había conocido en toda su vida.

—Pongámonos en marcha —dijo Derek, sentándose al volante—. Aparcar por allí no va a ser nada sencillo.

—Tienes toda la razón. Estamos a tiempo de coger el autobús si lo prefieres —sugirió Gina, que conocía lo transitado que solía estar el centro de la ciudad.

—Para nada, no me gusta tener que esperar media hora el autobús a la hora de regresar —denegó Derek—. Así podemos volver cuando nos apetezca.

Se pusieron en marcha hacia su destino. No había demasiado tráfico por lo que daba gusto conducir por las calles de Avondale, sin más compañía que dos o tres vehículos más circulando. Desde su barrio hasta la zona más céntrica apenas se tardaban unos quince minutos en llegar. Tardaban menos que en llegar a la universidad aunque, en realidad, era un trayecto muy similar. Debían llegar hasta la interestatal 94 y desviarse unas millas antes de lo que lo hacían habitualmente para ir a clase. Después, avanzar por el famoso boulevard Washington hasta conectar con la avenida North

Michigan. Allí llegaba el momento más complicado del viaje, en el que tendrían que dar vueltas y vueltas hasta encontrar un buen sitio para aparcar.

Derek condujo tranquilo y sin prisas. Según se acercaban a la zona centro aparecían más y más vehículos. Llegaron hasta el boulevard Washington y entraron en el barrio financiero de Chicago Loop. En una de las calles que se abrían a los lados, se encontraba la sucursal donde trabajaba su padre. Llegaron hasta su destino y comenzaron a preguntarse dónde iban a poder aparcar. Mucha gente se había desplazado allí a pasar el día y las aceras permanecían completamente cubiertas de vehículos. Recorrieron varias calles a velocidad muy reducida, esperando encontrar un pequeño espacio. Tras quince minutos de búsqueda, consiguieron aparcar en una pequeña calle situada cerca de la Oficina de Turismo de Chicago.

Según las indicaciones de Gina, la librería que buscaban estaba a unos quince minutos andando de allí. Probablemente podían haber aparcado en una zona más cercana pero Derek se negaba a arriesgarse y perder su preciada plaza. Comenzaron a subir por la avenida North Michigan hasta llegar a la transitada calle Randolph. El centro de Chicago resultaba realmente impresionante. Desde donde se encontraban, podían verse los pisos más altos de muchos de los rascacielos que poblaban esos céntricos barrios.

A Gina le encantaba venir al centro. A pesar de llevar tres años viviendo en Chicago no se cansaba de visitarlo siempre que podía. Sentía especial atracción por el lago Michigan, uno de los seis lagos más grandes del planeta. En más de una ocasión había convencido a Derek para ir caminando hasta su orilla. Derek no encontraba aquello interesante en absoluto pero más de una vez había decidido acompañarla solo por no parecer descortés. Esperaba que esta vez no tuviera que hacer lo mismo. Entendía que para ella resultara mucho más interesante que para él que, al fin y al cabo, llevaba toda su vida en la misma ciudad.

Cruzaron hacia la avenida Stetson, esperando encontrar la librería de un momento a otro. Según Gina, no era un local demasiado grande sino un pequeño establecimiento que recibía libros de varios temas relacionados con el mundo de la salud. Derek prefería leer los libros en la versión electrónica, sobre todo por la gran cantidad de espacio que ahorraba en su habitación, pero Gina prefería el formato físico tradicional. Argumentaba que nunca sería igual leer de una pantalla que de las propias hojas de papel.

Tras veinte minutos buscando la librería, consiguieron localizarla en un pequeño local, casi inadvertido ante los colosales edificios que lo rodeaban. Entraron en el establecimiento cruzando una pequeña puerta de madera decorada con algunas pegatinas extrañas y con un llamador en la entrada, que tintineaba avisando de su presencia. La tienda era

pequeña y estaba repleta de estanterías llenas de libros, algunos de ellos realmente extraños. En el mostrador podían verse además, una serie de extrañas plantas medicinales, clasificadas cada una con su etiqueta correspondiente. Al parecer, la supuesta librería era también un pequeño herbolario.

Un hombre apareció desde detrás de los estantes que había tras el mostrador. Parecía tener unos cuarenta años. Era alto y llevaba el pelo largo, recogido en una coleta. Iba vestido con ropas amplias y bastante descuidadas. Derek pensó que debía ser un hippy o al menos eso parecía a primera vista.

—Buenos días, chicos —saludó con voz ronca—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Hola, buenos días —respondió Gina—. Verás, tenía un libro reservado. Llamé el lunes y me dijiste que hoy pasara a recogerlo.

Gina le entregó un pequeño papel donde debía estar apuntado el nombre del libro. El hombre se quedó pensando durante unos segundos.

—Sí, espera un momento, lo tengo por aquí —dijo, volviéndose a ocultar entre los estantes—. Ayer mismo llegó.

Esperaron durante un par de minutos mientras el extraño dependiente revolvía entre los libros. No parecía tener muy claro dónde había dejado guardado el pedido de su cliente. Mientras esperaban, Derek examinó con detenimiento cada una de las plantas que había en el mostrador. Algunas mostraban un aspecto muy llamativo combinando diferentes colores, otras tenían pinchos alrededor del tallo... La verdad es que nunca había sentido ninguna atracción hacia la Herbología.

—¿Ves alguna planta que te pueda interesar?

El dependiente había vuelto sin que se dieran cuenta y se había fijado en cómo Derek observaba las plantas.

—No, gracias, solo estaba mirando —dijo como disculpándose.

—Esa planta que tienes delante es la Equinácea —explicó el hombre, señalando la planta de pétalos rosas que Derek había estado observando con detenimiento—. Es una planta medicinal muy famosa en todo el mundo. Es capaz de curar los resfriados, picaduras o incluso mordeduras de serpiente.

—Prefiero fiarme de los medicamentos farmacéuticos, la verdad —respondió Derek, sin saber muy bien qué decir—. Me ofrecen mayor

seguridad que una planta.

Para su sorpresa, el dependiente sonrió. Pero no era una sonrisa divertida sino más bien de inocente incomprensión. Cogió la planta del mostrador y la puso encima de la mesa.

—Pareces un buen chico pero demasiado encarcelado en el mundo moderno —dijo el hombre, mirando a los ojos de Derek—. Déjame decirte algo. Todo lo que comes y bebes sale de la Madre Naturaleza, nunca lo olvides. A pesar de todas las manipulaciones que realicemos los humanos a las plantas, ellas siguen teniendo la esencia natural muy viva. Nunca desprecies a un ser vivo, menos aún si puede salvarte la vida.

Se produjo un silencio un tanto extraño. Derek no se esperaba la respuesta del dependiente, que parecía ser un defensor a ultranza de las medicinas naturales. Opinión respetable pero que él no compartía. Gina puso fin a la incomodidad.

—¿Cuánto te debo por el libro? —preguntó.

—Oh, son veinte dólares —respondió el dependiente, sonriendo a Gina—. Espero que disfrutes de su lectura.

Gina pagó los veinte dólares y ambos salieron de la tienda. Nada más pisar el exterior, el ruido de los coches y del ambiente los invadió nuevamente. Dentro de la tienda se respiraba una tranquilidad que contrastaba con el habitual movimiento de la gran ciudad. Gina comenzó a reír en cuanto se alejaron unos pasos del establecimiento.

—Creo que no le has caído demasiado bien —susurró entre dientes y bromeó—. Deberías haber comprado esa planta.

—Oye, no sabía qué decir —se excusó Derek—. Fue lo primero que se me ocurrió, no quería ofender a nadie.

—No creo que se haya quedado ofendido —explicó Gina—. Solo ha querido mostrarte otra manera de ver las cosas. Parecía un buen hombre.

—Un buen hombre o un gran vendedor —replicó Derek—. La verdad es que con la respuesta que me ha dado casi compro la planta. Más por incomodidad que por otra cosa.

—Me parece una planta muy útil —dijo Gina pensativa—. Había oído algo de ella en alguna clase pero no había prestado demasiada atención.

—Seguro que sí lo es —aceptó Derek—, pero de ahí a que me interesen

las plantas va un trecho.

Disponían de un buen rato hasta la hora de comer. Al final todo había ido más rápido de lo que Derek había previsto y, como habían desayunado más tarde de la hora habitual, no tendrían hambre hasta bastante más adelante. Por un segundo, a Derek se le pasó por la cabeza que aquel era el clásico momento que tantas veces había vivido, en que Gina solía pensar en visitar el lago Michigan. Decidió adelantarse.

—¿Qué te parece si empezamos a buscar un buen lugar para comer después? —preguntó y a continuación añadió—. Así podemos elegir bien el sitio, sin ninguna prisa.

—¿Ya tienes hambre? Apenas es la una... —respondió Gina sorprendida—. Pero supongo que no es mala idea. No quiero acabar en aquel tugurio como la última vez, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo perfectamente —dijo Derek riendo— pero no me culpes a mí. En realidad todo fue por Ted y Lara y su manía de innovar y probar lugares nuevos.

—En eso tienes razón —aceptó Gina—. Pero si algo hemos aprendido de aquello es que jamás volverán a decidir a dónde debemos ir.

Recorrieron buena parte del centro, pasando por delante de los enormes rascacielos que reinaban sobre la ciudad. La verdad es que apetecía pasear por las calles, en esa hora en que comenzaban a llenarse los restaurantes y las aceras quedaban algo más desiertas. Para ser sinceros, decidir dónde comer no resultaba nada fácil ya que había bastante variedad donde elegir, desde comida rápida de cualquier tipo hasta restaurantes que, por su aspecto exterior, debían ser bastante inaccesibles para sus bolsillos.

Tras media hora ojeando todos los lugares posibles, se decidieron por un buffet de comida italiana. Así podrían comer todo lo que quisiesen a un precio bastante razonable. A ambos les gustaba bastante la pasta por lo que esta vez parecía que habían encontrado el lugar idóneo para ellos. Entraron y se sentaron cómodamente en una de las mesas más alejadas de la zona de comidas ya que resultaba bastante incómodo comer y estar viendo pasar a todo el mundo por tu lado sirviéndose de las fuentes. El restaurante estaba ambientado como si se tratase de un viejo horno de pizzas. Las paredes parecían de roca, aunque fueran simulaciones de cartón por supuesto, y además tenían fotografías de monumentos de Italia como el Coliseo, la Fontana y unos cuantos más. Resultaba un sitio bastante agradable.

Derek fue el primero en servirse. Cogió una bandeja de plástico, un par de platos vacíos y comenzó a llenarlos de comida, sin dejar una sola bandeja

sin probar. Pastas de varios tipos y diferentes salsas, pizzas de diferentes ingredientes, un poco de lasaña... En definitiva, unos platos muy italianos. Al final tenía tal mezcla de comida en el plato, que hacía desaparecer el hambre con tan solo mirarlo. Gina fue la siguiente en servirse y, a diferencia de su amigo, regresó con una cantidad mucho más reducida en los platos.

Comieron tranquilamente, charlando sobre la universidad la mayor parte del tiempo y levantándose, un par de veces más, para probar o repetir algún nuevo plato o servirse algún trozo de las ricas tartas de postre que se iban acumulando en los mostradores. Cuando terminaron, estaban completamente llenos y no tenían fuerzas ni ganas para levantarse de la mesa y volver a salir.

El móvil de Derek comenzó a vibrar. Era James el que llamaba. Según dijo, llegarían sobre las cinco o cinco y media. Por la voz ronca que tenía y la forma de hablar, parecía que acababa de despertarse hacía menos de diez minutos. Bastante buena noticia era que ambos iban a venir pues, con la fiesta que disfrutaron la noche anterior, habría sido muy posible recibir un plantón por su parte. Al menos parecía que iban a cumplir con su palabra aunque, ahora que lo pensaba, no sabía que iban a hacer cuando ellos llegasen. No habían previsto nada por lo que probablemente acabarían en un bar del centro tomando algo. Además, Gina había hecho prometer a Derek que no iban a volver demasiado tarde así que tampoco merecía la pena planear nada especial.

Las horas fueron pasando y la tarde fue avanzando. Primero decidieron tomar un café en el mismo restaurante para intentar aliviar un poco la clásica somnolencia que les había invadido con la comida. Más tarde salieron a dar un paseo y acabaron sentados en el césped del parque más cercano. Quedaron con James y con Ted en la parada de autobús más cercana, en la que ellos se bajarían. A las cinco menos diez, comenzaron a caminar hacia la parada aun sabiendo que, casi con total seguridad, tendrían que esperar más de la cuenta.

James y Ted llegaron a las cinco y cuarto, por lo que no fueron tan impuntuales como se esperaba en un principio.

—¿Qué tal la mañana chicos? —preguntó James al verlos.

—Bastante bien, ¿y vosotros? —respondió Derek—. ¿Qué tal anoche?

—Bueno, no estuvo mal —contestó Ted, encogiéndose de hombros—. Hemos tenido fiestas mejores.

—Sí pero fue larga, no nos acostamos hasta las siete de la mañana —siguió James—. De hecho es bastante extraño que estemos aquí ahora

mismo. Normalmente no tendríamos ganas ni fuerzas para movernos.

—No tenéis muy buen aspecto la verdad —apuntó Gina—. Aprovechad esta noche para dormir, al menos.

—Es que ayer fue la fiesta de bienvenida para los alumnos nuevos de primer año —explicó Ted—. Como somos alumnos de cuarto no podíamos faltar. Es como una especie de tradición.

Cada año al comenzar el curso, se preparaban una serie de fiestas en todas las residencias universitarias donde se daba la bienvenida a los nuevos alumnos. Aunque bienvenida era mucho decir pues debían enfrentarse a abundantes novatadas, algunas de ellas especialmente crueles. Ellos también habían pasado por lo mismo en su primer curso, especialmente James y Ted, ya que vivían en una de las residencias.

—Bueno y, ¿a dónde queréis ir? —preguntó Gina.

—Hay un bar con bastante ambiente a unos quince minutos de aquí —dijo Ted, señalando hacia las calles cercanas—. Tiene billares y cosas así, está muy bien.

—Pues vamos entonces —dijo Derek comenzando a andar—. Espero que sea un lugar decente y no algún tugurio... No hace falta que recuerde que...

—No, no será como aquel restaurante, prometido —replicó Ted—. Aquello fue una vez y no más.

Se pusieron nuevamente en marcha, siguiendo a Ted por las calles y no tardaron mucho en llegar a su nuevo destino. La entrada del bar era estrecha y pequeña pero el interior del establecimiento daba muy buena impresión a pesar de no estar demasiado lleno de gente. En la pared del mostrador había un panel de tamaño considerable en el que podía leerse: «Taberna Luna», escrito en letras de aspecto extraño y decorado con pequeñas lunas alrededor. Las mesas estaban separadas unas de otras por finas planchas de madera dando cierta sensación de intimidad y, al fondo, podían verse tres mesas de billar. Se acercaron hasta el mostrador para pedir unas bebidas y solicitar una de las mesas.

Pasaron allí la tarde entre risas, bebidas y golpes de bola. A Gina se le daba especialmente bien aquel juego y arrasó con los chicos más de una vez. Solo en las últimas partidas consiguieron equilibrar un poco el asunto. El tiempo fue pasando y era casi completamente de noche cuando finalmente salieron de la taberna. Habían estado tan entretenidos allí que ni siquiera la propia Gina se había dado cuenta de que anochecía. Eran ya las ocho de la tarde pero, como Derek y Gina habían comido más tarde y de manera más abundante, no tenían apetito y ni se habían acordado de

la cena. James y Ted por su lado, no tenían el cuerpo para ingerir ningún tipo de alimento.

Derek y Gina se despidieron de James y Ted y comenzaron a caminar de regreso al coche. Como bien había predicho Derek, el pensar que ahora debían coger un autobús para volver hasta Avondale, era poco menos que un suplicio. Este era el momento en que más se alegraba de haber traído el Mustang consigo, aunque se habían alejado bastante de donde habían aparcado por la mañana. Cuando era de noche, tanto las calles como los edificios mostraban un aspecto muy diferente al que solían mostrar durante el día, por lo que resultaba fácil desorientarse.

Caminaban por una calle estrecha, a unos diez minutos del Mustang, cuando oyeron unos ajetreados pasos acercándose rápidamente tras ellos. Derek y Gina se giraron alarmados y vieron a un hombre que avanzaba deprisa chocando con todos los coches que había aparcados en la acera. De su pierna izquierda salía una abundante cantidad de sangre. Parecía una herida de bala. El hombre llevaba algo entre sus brazos aunque resultaba imposible saber de qué se trataba. Llegó hasta los chicos justo en el momento en que cayó de rodillas sobre la acera. Derek podía verlo bien ahora. Era un hombre bajito y delgado, sin mucho pelo en la cabeza. Parecía tener la misma edad que su padre, más o menos. Tenía un aspecto muy sucio y descuidado y parecía no haber dormido en varios días. Alzó la mirada y descubrió a los dos chicos. Daba la impresión de que no se había dado cuenta de su presencia hasta ese momento. Volvió a levantarse despacio, sujetándose en el coche que quedaba a su izquierda.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Gina al desorientado hombre—.
¿Necesita ayuda?

El hombre se quedó observando a los chicos. En un movimiento brusco agarró a Derek por el cuello de su chaqueta.

—Tienes que protegerlo —dijo—. ¡Protégelo de ellos! No deben encontrarlo nunca. ¡Debes protegerlo!

—¿Proteger el qué? —preguntó Derek, intentando soltarse sin éxito—.
¿Qué quiere decir?

El hombre soltó a Derek y puso sobre sus manos el paquete que llevaba oculto. Era una caja negra bastante ancha. Estaba cerrada gracias a la cinta adhesiva que había pegada por todo el cartón.

—Debes cuidarlo y que ellos no lo encuentren —volvió a repetir el hombre—. Id a Atlanta, allí encontraréis las respuestas a todo. Viajad hasta Atlanta.

—¿Atlanta? ¿Por qué Atlanta? —preguntó Gina, que al igual que Derek estaba completamente desconcertada.

—Allí estará seguro, debéis ocultaros de ellos —insistió el hombre—. Ya vienen, debo marcharme de aquí.

El hombre comenzó a avanzar nuevamente aunque de forma mucho más lenta. Seguía sangrando cada vez más abundantemente. No llegaría muy lejos en ese estado. Antes de doblar la esquina volvió a darse la vuelta y se dirigió a los chicos antes de desaparecer:

—Guardadlo en lugar seguro, si lo encuentran será el fin para todos.

Y desapareció de la vista. Derek y Gina estaban completamente paralizados y confusos. No sabían lo que había pasado. Hace apenas un par de minutos caminaban tranquilamente por la calle. Ahora tenían una caja negra en su poder, habían visto a un hombre herido de bala y habían recibido una advertencia inquietante. Derek se dio la vuelta y vio cómo, desde la esquina de la calle por la que había aparecido aquel extraño hombre, aparecían las luces propias de los faros de un coche.

—¡Guarda esa caja Gina! ¡Deprisa! —apremió a su amiga.

Gina escondió la caja en su bolso lo más rápido que pudo. Por suerte, entró a la primera y sin mucha dificultad.

—Ahora camina y no mires atrás, vámonos de aquí.

Ambos comenzaron a recorrer la calle nuevamente mientras el vehículo doblaba la esquina y llegaba junto a ellos. Circulaba a una velocidad muy baja, como si sus ocupantes buscaran algo o a alguien. Derek observó de reojo el vehículo. Era completamente negro y tenía también las ventanillas tintadas. Si no se equivocaba, era el mismo vehículo que había visto el martes anterior. El mismo coche oscuro que había perseguido por la autopista al viejo Toyota de color amarillento. Estaba claro que aquello no era una mera coincidencia. El conductor y sus posibles acompañantes buscaban al hombre que acababa de entregarles aquella caja.

Derek comenzó a acelerar el paso una vez que el coche desapareció de la vista. La situación parecía bastante peligrosa por lo que sería mejor desaparecer de allí cuanto antes. No hablaron hasta llegar al Mustang de Derek y se metieron dentro, aún con el susto en el cuerpo. Llevaban consigo la caja misteriosa, sin saber ni siquiera qué contendría. Derek puso en marcha el motor y, a más velocidad de la que debía, comenzó a conducir de regreso a casa.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Gina, una vez salieron hacia la

autopista—. Era el mismo coche del otro día, ¿verdad?

—Exactamente el mismo —respondió Derek, mirándola—. Y estoy seguro de que el hombre al que habían disparado era el mismo que conducía el coche amarillo que intentaba escapar.

—Todo por esta maldita caja... —susurró Gina mientras la extraía de su bolso—. ¿Qué contendrá?

—No lo sé y no sé si quiero saberlo —respondió Derek preocupado—. Si esos tipos son capaces de disparar por ella debe tratarse de algo muy importante.

—Pero ya no podemos tirarla por ahí sin más —dijo Gina—. Antes o después nos seguirán el rastro.

—Lo sé, nunca debimos aceptarla —dijo Derek—. Y no soy tan estúpido como para buscar a esos tipos y devolvérsela. No quiero acabar con una bala entre las cejas.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Gina asustada—. Antes o después van a descubrirnos.

—La abriremos y veremos lo que contiene —respondió Derek, intentando parecer seguro—. Una vez que sepamos lo que hay dentro tal vez podamos decidir qué hacer.

—¿Esperamos hasta mañana? No sé si podré pegar ojo en toda la noche —dijo Gina.

—Ven a dormir a mi casa, podremos abrirla juntos y ver qué es lo que contiene —sugirió Derek—. Así no habrá esperas. Yo tampoco creo que pueda dormir.

—Tal vez debamos llamar a la policía y explicar lo ocurrido —intentó decir Gina, que cada vez estaba más asustada.

—No creo que sea buena idea —negó Derek—. La policía no creo que sepa nada de todo esto y, si es algo peligroso y parece ser que sí, acudir a ellos sería la manera más sencilla de delatarnos.

—Supongo que tienes razón... —aceptó Gina—. Al menos habla con tus padres.

—¡No! Ellos no tienen que saber nada, al menos de momento —respondió Derek—. Debemos esperar a saber qué contiene esa maldita caja. Si es algo peligroso no quiero que se metan en problemas. Esto es cosa

nuestra, de los dos y nadie más.

—Está bien —aceptó Gina, aunque no parecía muy convencida—. Me quedaré en tu casa e intentaremos averiguar lo que podamos. Mañana decidiremos qué hacer.

El camino de vuelta a casa pareció transcurrir más rápidamente de lo normal. Finalmente llegaron hasta Avondale, bastante cercanos a las nueve de la noche. No había nadie en la calle. Entraron en la casa, donde fueron recibidos por los padres de Derek pues, al fin y al cabo, llevaban todo el día fuera, desde por la mañana hasta por la noche.

—Hola chicos, sí que habéis venido tarde —saludó la madre de Derek, y se dirigió a su hijo—. Pensábamos que vendrías para la cena.

—Yo también lo pensaba pero quedamos con James y Ted y se nos pasó la hora —se excusó Derek—. Por cierto, Gina se queda a dormir esta noche si no os importa. Debemos terminar unas cosas para la universidad.

—No hay problema —respondió su madre, dirigiendo una sonrisa a la chica—. Ya sabes que estás en tu casa.

—Gracias, señora Ackerman —dijo Gina, que seguía estando bastante intranquila.

—Hemos comido algo durante la tarde así que subimos directamente —dijo Derek encaminándose hacia las escaleras—. Buenas noches a los dos.

Derek subió escaleras arriba sin esperar contestación alguna y Gina fue detrás de él. La verdad es que tenía muchas ganas de conocer el contenido de la caja misteriosa y no deseaba entretenerse ni un solo segundo más. En cuanto llegó a su habitación, sacó unas tijeras de su escritorio y, tras pedirle la caja a Gina, comenzó a intentar abrirla con cuidado.

La caja estaba muy bien precintada, casi en su totalidad. Parecía que la hubiesen envuelto por completo en cinta aislante. Poco a poco y no sin esfuerzo, Derek consiguió abrir brecha entre la cinta y comenzó a despegar las tiras con cuidado para evitar que se rompiesen. Tras unos minutos de trabajo, el precinto estaba completamente desprendido y la tapa que cerraba la caja podía levantarse al fin. Derek respiró un segundo y levantó la tapa esperando encontrar cualquier cosa ahí dentro. La decepción los invadió al ver el contenido. Esperaban encontrar algún tipo de arma, algún experimento o algo parecido, pero no. Solamente había un libro en su interior.

